

## DÍA DE GÓNGORA 2019

Rafael Ballesteros

Premio de las Letras Andaluzas Elio Antonio de Nebrija

---

Los tres poemas aquí publicados, inéditos, forman parte de un libro prácticamente ya casi cerrado y definitivo que se titulará *El arcón de Góngora*. Son los poemas 1, 2 y 4 de un total de quince que sumarán aproximadamente, en su conjunto, poco menos de mil versos. Mi idea, todavía no definitivamente cerrada, es unir, para su publicación, este libro con otros dos: el primero de ellos se titularía *Conviviocon* (un solo poema que no llega a los doscientos cincuenta versos, ya terminado) y un segundo, todavía sin conclusión, titulado probablemente *Doce estatuas negras*, y que, por ahora lo constituyen un total de veinticinco poemas. Dicha publicación unitaria (todavía sin título) quizá se abra a un cuarto libro que acabo de iniciar y que como todo comienzo constituye en sí mismo una grave acumulación de dudas e incertidumbres. De esas que nunca terminan por dirimirse pero que constituyen la base esencial de nuestros trabajos y quehaceres de escritor.

### POEMA 1

¿Cuál el precio que has de pagar  
a ese mudéjar sucio  
y cojo por este arcón  
de hierro y mármol?

¿Qué sabe de ti  
para hacerte cosa  
cualquiera  
(sea una cuenca de cobre,  
un anafre, esa gorgorilla,  
el cinto de cordobán)  
que pueda merecerte?

¿Tal vez quizá  
imaginarse pueda  
tu destemplanza,  
la ausencia que de ti  
siente tu vida  
ese resbalo lento del pájaro  
oscuro  
desde el astro alto  
hasta la piedra,  
todo  
lo que de fijo,  
tan movable,  
tiene el mundo?

Y si  
el aceite carnososo  
de tu asco,  
resbala  
calza abajo, carne ayuso,  
y se embolsa a tus pies,  
¿sabe, acaso, el mudéjar?

¿Siente  
la última vibración  
(caside cítara y vihuela)  
en tu pupila  
cuando dudan los dados,  
y tiembla el maravedí?

¿Sabe del temblor de tus marfiles,  
de los velos de seda y oro  
con que te ocultas  
mostrándote?

Sí, me dijo que se llama  
Palafox y hace arcones  
a hidalgos y señores,  
pero ¿en qué son ellos  
semejantes a ti,  
tú, donador de la brisa  
y la pulcritud,  
soberano de lo diáfano

tú, que rozas con lo ínfimo  
lo infinito,  
y tu claror se expande espléndido  
desde el pequeño huerto  
al inmenso universo?  
¿A ti  
que el todo desconocido  
es tuyo,  
y lo hiciste tan cosa tangible  
como el higo, la azuela  
o el xilguero?

El mundo  
no debe ajustarse  
de ese modo: justo no es  
que se ponga en bruma  
a quien nos ofreciera  
la claridad de lo visible,  
y no dar ni siquiera una mija  
de conmiseración  
y de esperanza  
a aquel que con su gubia  
y la palabra  
hizo a la tierra  
más hermosa  
y menos despiadada.

POEMA 2

*Procesión en Valladolid.*

Lo veo al otro lado  
de la acera, en la noche  
lluviosa  
ahora serena y límpida,  
de negro paño vestido,  
casi arpillera apurgarada,  
junto a la Merced, cabe al Palacio,  
(mil disciplinantes de póstulas  
y arañas  
y seiscientas antorchas  
que enturbian más la noche),

el Rey tras las vidrieras  
y la Infanta con él:  
Viernes Santo.

Aullidos  
por los cénagos  
arrimos del Pisuerga.

Cada hachón que pasa,  
como el bitumen,  
es un destello  
en su ojoturbio y bruno.  
Son miera y trementina  
su presencia y maneras,  
su rostro y apariencia.

El perro cruza  
y ambos miramos  
su indigencia, su escolpio  
hambriento, su agrio  
saliveo, su delirio  
fangoso.

Y arriba  
la luz vahída, los astros  
que fulgen también  
ansiosos  
en el cielo impasible  
y pérfido  
de la noche.

#### POEMA 4

Yo mismo sé que estuve.  
Allí, en el hueco  
de nada, en el residuo  
parco, en el mismo piso  
de grumo, bajo  
el mismo candil.

No. Don Góngora voló:  
soturno por ser exacto, explícito  
y donador de tan oscuro, endrino

por ser humano, lumínico por tapado,  
y aguerrido y valiente por oculto.

Abrió las alas de su corazón  
y curvó por las cintas alzadas  
de los huertos,  
las rayas de la mar (branquia  
del mundo)  
bebió y sorbió  
y rozó radiante del membrillo  
su apresto por las ingles.

Iba azogado, luciente, jubiloso:  
un niño de piernas combas  
todavía,  
un mozo trastabillo de albercas  
y mollejas.

Murmuraba palabras de sangre,  
y miraba a los altos  
buscando resplandor y taraceas,  
láudano para sus ojos.

Yo lampaba  
entre la tierra por la fanga materia  
primordial,  
la avena calda del primer pan,  
y todo alzarlo  
quería todo,  
hasta su boca, de vuesa merced,  
buscar en ella  
la verdad de la belleza  
y allí  
esa saliva esperma  
que comprarían con oro los poetas.